

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

¿Tenía razón Marx? [Did Marx right?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Eagleton, Terry
Publisher	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-10 08:25:34
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154656

¿Tenía razón Marx?

No es demasiado tarde para preguntar

Terry Eagleton

Resumen

El autor contrasta las ideas fundamentales de Karl Marx con la realidad del capitalismo de las últimas décadas. Refuta el reiterativo argumento de hacer cargo al autor de *El Capital* de los crímenes de Stalin o de los campos de trabajos forzados de Mao, como de otras experiencias fallidas con las que se asocia su nombre. Señala al mismo tiempo los límites del capitalismo, con sus secuelas de miseria y exclusión para miles de millones de seres humanos, mientras se concentra brutalmente la riqueza en unos pocos; lo que reactualiza la necesidad de pensar en otro tipo de sociedad más libre y solidaria.

Abstract

*The author contrasts the fundamental ideas of Karl Marx with the reality of capitalism in recent decades. He refutes the repetitive argument of blaming the author of *The Capital* for Stalin's crimes or Mao's forced labour camps, as of other failed experiences with which his name is associated. He indicates, at the same time, the limits of capitalism, with its aftermath of misery and exclusion of billions of human beings, while brutally concentrates the wealth in few hands; thus reenacting the need to think about another type of society, a freer and supportive one.*

CyE

Año III
Nº 6
Segundo
Semestre
2011

Terry Eagleton

Doctorado en el Trinity College de Cambridge, fue profesor en Oxford y actualmente es titular de la cátedra John Rylands de Teoría de la Cultura en la Universidad de Manchester.

*Ph.D. at Trinity College, Cambridge.
Former professor at Oxford. Currently he is professor of Cultural Theory and John Rylands Library Research Fellow at the University of Manchester.*

Palabras clave

1| Marxismo 2| Socialismo 3| Capitalismo 4| Movimiento obrero
5| Socialismo de mercado

Keywords

1| *Marxism* 2| *Socialism* 3| *Capitalism* 4| *Labour movement* 5| *Market socialism*

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

EAGLETON, Terry. ¿Tenía razón Marx? No es demasiado tarde para preguntar. *Crítica y Emancipación*, (6): 123-134, segundo semestre 2011.

¿Tenía razón Marx?

No es demasiado tarde para preguntar¹

CyE
Año III
Nº 6
Segundo
Semestre
2011

Treinta y cinco años atrás, muchas personas en los Estados Unidos y Europa estaban dispuestas a tener en cuenta al marxismo. Sólo una década después, casi todos concordaban en que había sido desacreditado. ¿Por qué este cambio repentino? ¿Algún nuevo descubrimiento había refutado la teoría marxista? ¿Ya no estuvieron interesados en los problemas que el marxismo indagaba? ¿O desaparecieron los problemas en sí?

Ciertamente, algo había sucedido en el período en cuestión. Desde mediados de la década del setenta en adelante, el sistema occidental experimentó algunos cambios esenciales. Hubo un cambio de la fabricación industrial tradicional a una cultura “posindustrial” de consumo, comunicaciones, tecnología de la información y la industria de servicios. Empresas de producción en pequeña escala, descentralizadas, no jerárquicas y versátiles estaban a la orden del día. Se desregularon los mercados y el movimiento obrero fue sometido a un salvaje asalto legal y político. Las lealtades de clase tradicionales se debilitaron, mientras que las identidades locales, de género y étnicas se volvieron más persistentes.

Las nuevas tecnologías de información jugaron un papel clave en la creciente globalización del sistema, en la medida en que un puñado de empresas transnacionales distribuyó la producción y la inversión en todo el planeta en busca de ganancias rápidas. Una buena parte de la fabricación fue subcontratada en lugares con salarios baratos del mundo “subdesarrollado”, llevando a algunos occidentales con mentalidad parroquial a la conclusión de que la industria pesada había totalmente desaparecido del planeta. Las migraciones internacionales masivas de mano de obra comenzaron a raíz de esta movilidad global, y con ellas un resurgimiento del racismo y el fascismo cuando



¹ Este ensayo es una adaptación de *¿Por qué Marx tenía razón?* publicado por Yale University Press. Reproducido con permiso.

los inmigrantes empobrecidos emergieron en las economías más avanzadas. Mientras que los países “periféricos” eran sujetos a maquilas, instalaciones privatizadas, reducción del bienestar y términos surrealísticamente desiguales de intercambio; los ejecutivos desgarrados de las naciones metropolitanas se arrancaron la corbata, se desabrocharon el cuello de la camisa y se preocuparon por el bienestar espiritual de sus empleados.

Nada de esto sucedió porque el sistema capitalista estaba en un estado de ánimo alegre, boyante. Por el contrario, su postura beligerante reciente, como la mayor parte de las formas de agresión, surgió de una profunda ansiedad. Si el sistema se volvió maniaco, es porque estaba latentemente deprimido. Lo que motivó esta reorganización, sobre todo, fue el repentino desvanecimiento del *boom* de posguerra. La intensificación de la competencia internacional obligaba a bajar las tasas de ganancias, agotando fuentes de inversión y reduciendo la tasa de crecimiento. Incluso la socialdemocracia fue una opción política demasiado radical y costosa. El escenario estaba armado para Ronald Reagan y Margaret Thatcher, quien lo ayudaría a dismantelar la fabricación tradicional, encadenar al movimiento obrero, dejar que el mercado se desgarre, fortalecer el brazo represivo del Estado y liderar una nueva filosofía social conocida como la avaricia descarada. El desplazamiento de la inversión desde la fabricación a las industrias de servicio, financieras y de las comunicaciones fue una reacción a una crisis económica prolongada, no un salto de un mundo viejo y malo a uno nuevo y valiente.

Aun así, es dudoso que la mayoría de los radicales que cambiaron de opinión sobre el sistema entre los años setenta y ochenta lo hicieran, simplemente, porque había menos fábricas de tejidos de algodón alrededor. No fue esto lo que los llevó a descartar al marxismo, junto con sus patillas y vinchas, sino la convicción creciente de que el régimen al que se enfrentaron fue demasiado duro de roer. No fueron las ilusiones acerca del nuevo capitalismo, sino la desilusión acerca de la posibilidad de cambiarlo lo que resultó decisivo. Hubo, desde luego, muchos ex socialistas que racionalizaron su pesimismo al afirmar que si el sistema no podía ser cambiado, tampoco necesitaba serlo. Pero fue la falta de fe en una alternativa lo que resultó concluyente. Debido a que el movimiento obrero había sido tan maltratado y ensangrentado, y la izquierda política se replegó enérgicamente, el futuro parecía haber desaparecido sin dejar rastro. Para algunos izquierdistas, la caída del bloque soviético a fines de los ochenta sirvió para profundizar el desencanto. No ayudó que la corriente radical más exitosa de la Edad Moderna –el nacionalismo revolucionario– a esa altura estaba

liquidada. Lo que engendró la cultura del posmodernismo, con su descarte de los llamados grandes relatos y el anuncio triunfal del fin de la historia, fue, especialmente, la convicción de que el futuro sería ahora, sencillamente, más del presente.

Lo que ayudó, sobre todo, a desacreditar al marxismo fue, por lo tanto, una progresiva sensación de impotencia política. Es difícil mantener la fe en el cambio cuando el cambio parece estar fuera de la agenda, aun si se necesita mantenerlo más que a nada. Después de todo, si no se resiste lo aparentemente inevitable, nunca se sabrá cuán inevitable fue lo inevitable. Si los pusilánimes hubieran logrado aferrarse a

El desplazamiento de la inversión desde la fabricación a las industrias de servicio, financieras y de las comunicaciones fue una reacción a una crisis económica prolongada, no un salto de un mundo viejo y malo a uno nuevo y valiente.

sus opiniones previas por otras dos décadas, habrían sido testigos de un capitalismo tan exultante e inexpugnable que, en 2008, apenas logró mantener los cajeros automáticos abiertos. También habrían visto a un continente entero al sur del Canal de Panamá girar políticamente a la izquierda con decisión. El fin de la historia estaba llegando a su fin. De todas formas, los marxistas deberían estar acostumbrados a la derrota. Conocieron mayores catástrofes que esta. Las probabilidades políticas siempre estarán con el sistema en el poder, solamente porque tiene más tanques que uno. Pero las visiones embriagadoras y las esperanzas efervescentes de finales de los años sesenta hicieron de esta recesión una píldora particularmente amarga de tragar para los sobrevivientes de aquella época.

Lo que hizo que el marxismo pareciera improbable, por tanto, no fue que el capitalismo hubiera cambiado sus características. El caso fue, exactamente, lo contrario. El hecho fue que el sistema siguió como de costumbre, o aún más. Irónicamente, entonces, lo que ayudó a hacer retroceder el marxismo también prestó una especie de crédito a sus afirmaciones. Fue arrojado a los márgenes debido a que el orden social que enfrentó, lejos de volverse más moderado y benigno, se volvió más despiadado y extremo de lo que había sido antes. Y esto hizo que la crítica marxista fuera más pertinente. A escala global, el

capital fue más concentrado y predador que nunca, y la clase obrera había, de hecho, aumentado. Se había vuelto posible imaginar un futuro en el cual los multimillonarios se refugiarían en sus comunidades cerradas y armadas, mientras que casi mil millones de habitantes de tugurios fueran rodeados en sus chozas fétidas por torres de vigilancia y alambre de púas.

En nuestra época, como predijo Marx, las desigualdades, con respecto a la riqueza, se han profundizado dramáticamente. La ganancia de sólo un mexicano multimillonario es equivalente al ingreso de 17 millones de sus compatriotas más pobres. El capitalismo ha creado más prosperidad de lo que históricamente se haya presenciado alguna vez, pero el costo —nada menor, la miseria de miles de millones— ha sido astronómico. Según el Banco Mundial, 2.740 millones de personas vivían, en 2001, con menos de 2 dólares por día. Nos enfrentamos a un futuro probable de Estados con armas nucleares en guerra por la escasez de recursos; y esta escasez es, principalmente, consecuencia del propio capitalismo. El capitalismo se comportará antisocialmente si es rentable hacerlo, y esto puede significar la devastación humana a una escala inimaginable. Lo que solía ser una fantasía apocalíptica, hoy no es más que el realismo sobrio. El lema izquierdista tradicional “socialismo o barbarie” nunca fue más sombríamente oportuno, nunca menos que un mero juego retórico.

Más allá del aparente triunfo del capitalismo, el marxismo ¿no ha sido desacreditado desde adentro? ¿Cómo podrán conseguir los marxistas que la historia se olvide del totalitarismo comunista, que ha estado provocando a los autodenominados marxistas entre sí desde la Revolución Rusa? Ciertamente, cualquier persona que se considere marxista hoy debe responder sobre la farsa de los Juicios de Moscú de Stalin y los campos de trabajo de Mao, así como sobre la represión brutal en Praga y la Plaza de Tiananmen.

Tomados en general, tanto el estalinismo como el maoísmo fueron ruinosos experimentos sangrientos que hicieron que la idea misma del socialismo apestara para muchos de aquellos que, en otra parte en el mundo, principalmente, necesitaban beneficiarse de él. Marx nunca imaginó que el socialismo podría ser logrado en las condiciones paupérrimas que Stalin y Mao enfrentaron. Tal proyecto requiere un giro en el tiempo casi tan extraño como la invención de Internet en la Edad Media. No se puede reorganizar la riqueza en beneficio de todos, si hay muy poca riqueza que reorganizar. No se pueden abolir las clases sociales en condiciones de escasez, ya que los conflictos por un magro excedente de material para satisfacer las necesidades de todos, simplemente, las reavivarán otra vez. Como señala Marx en *La*

ideología alemana, el resultado de una revolución en tales condiciones es que “el viejo negocio inmundó”, simplemente, reaparecerá. Todo lo que se obtendrá es escasez de socialización. Si se necesita acumular capital más o menos a partir de cero, entonces la manera más efectiva de hacerlo, aunque brutal, es a través del afán de lucro. El ávido interés propio, probablemente, acumulará riqueza con notable rapidez, aunque quizás amase una pobreza espectacular al mismo tiempo.

La reconstrucción de una economía desde niveles muy bajos es una tarea muy agotadora y desalentadora. Es poco probable que los hombres y las mujeres se rindan libremente a las privaciones

Si los pusilánimes hubieran logrado aferrarse a sus opiniones previas por otras dos décadas, habrían sido testigos de un capitalismo tan exultante e inexpugnable que, en 2008, apenas logró mantener los cajeros automáticos abiertos.

que esto implica. Por lo tanto, a menos que este proyecto se ejecute gradualmente, bajo control democrático y de conformidad con valores socialistas, un Estado autoritario puede intervenir y obligar a sus ciudadanos a hacer aquello que se resisten a realizar voluntariamente. La militarización del trabajo en la Rusia bolchevique es un ejemplo de ello. El resultado, en una ironía espeluznante, sería minar la superestructura política del socialismo (democracia popular, autogobierno genuino) en el intento mismo de reconstruir su base económica.

No es que la construcción del socialismo no pueda ser comenzada en condiciones de desposesión. Es, antes bien, que sin recursos materiales tenderá a transformarse en la caricatura monstruosa del socialismo conocida como estalinismo. La revolución bolchevique pronto se vio asediada por los ejércitos imperiales occidentales, así como amenazada por la contrarrevolución, el hambre urbana y una sangrienta guerra civil. Con una base capitalista estrecha, niveles desastrosamente bajos de la producción material, escasos vestigios de instituciones civiles, una clase obrera diezmada y agotada, revueltas campesinas y una burocracia acrecentada para rivalizar con el zar, la revolución estaba en serios problemas casi desde el principio. Al final, los bolcheviques tenían que conducir hacia la modernidad a gente hambrienta, desanimada y cansada de la guerra a punta de pistola.

Marx mismo fue crítico de los dogmas rígidos, el terror militar, la represión política y el poder estatal arbitrario. Creía que los representantes políticos debían ser responsables ante sus electores, y fustigó a los socialdemócratas alemanes de su época por su política estatista. Insistió con un discurso libre y las libertades civiles, se horrorizó por la creación forzada de un proletariado urbano (en este caso, en Inglaterra más que en Rusia) y sostuvo que la propiedad común en el campo debería ser un proceso voluntario antes que coercitivo. Sin embargo, así como reconoció que el socialismo no puede florecer en condiciones paupérrimas, él habría entendido perfectamente cómo la Revolución Rusa llegó para perderse.

Imagínese un grupo capitalista levemente enloquecido que intente convertir una tribu premoderna en un conjunto de empresarios tecnológicamente sofisticados y despiadadamente codiciosos, que hablen la jerga de las relaciones públicas y la economía de libre mercado, todo ello en un lapso de tiempo surrealistamente breve. ¿El hecho de que el experimento casi demuestre ser, un poco dramáticamente, certero constituye una condena justa al capitalismo? Por supuesto que no. Pensar así sería tan absurdo como afirmar que las *Girl Scouts* deberían disolverse porque no pueden solucionar algunos problemas difíciles de física cuántica. Los marxistas no creen que el poderoso linaje liberal desde Thomas Jefferson a John Stuart Mill se anule por la existencia de cárceles secretas para torturar a musulmanes dirigidas por la CIA, aun cuando estas cárceles son parte de las políticas de las sociedades liberales de hoy. Sin embargo, los críticos del marxismo están raramente dispuestos a admitir que la farsa de los juicios mediatizados y el terror masivo no son la refutación del mismo.

No obstante, hay otro sentido en el que el socialismo es considerado por algunos como inviable. Incluso si se fuera a construir en condiciones de abundancia, ¿cómo podría administrarse una economía moderna compleja sin mercados? La respuesta para un número creciente de marxistas es que no se necesita hacerlo. Los mercados, en su opinión, siguen siendo una parte integral de una economía socialista. El denominado socialismo de mercado concibe un futuro donde los medios de producción serían socialmente poseídos, pero en el cual las cooperativas independientes competirían unas contra otras en el mercado. De esta manera, ciertas virtudes del mercado podrían retenerse, mientras algunos de sus vicios podrían cambiarse. En el plano de las empresas individuales, la cooperación garantizaría mayor eficiencia, dado que la evidencia sugiere que casi siempre son tan eficientes como las empresas capitalistas y, con frecuencia, mucho más. En el plano de la economía en su conjunto, la competencia garantizaría que los

problemas de información, localización y de incentivos asociados con el modelo estalinista tradicional de planificación centralizada no se produzcan.

El socialismo de mercado coloca al poder económico en manos de los verdaderos productores, y acaba con las clases sociales y la explotación. Es, por lo tanto, un avance bienvenido en una economía capitalista. Para algunos marxistas, sin embargo, quedan demasiados rasgos de la otra economía para ser aceptable. Bajo el socialismo de mercado continuarían la producción de materias primas, la desigualdad, el desempleo y la influencia de las fuerzas del mercado más allá del control humano. ¿Cómo podrían los trabajadores no ser, simplemente, transformados en capitalistas colectivos, maximizar sus ganancias, bajar la calidad, ignorar las necesidades sociales y balbucear sobre el consumismo que lleva a la acumulación constante? ¿Cómo se podrían evitar el *cortoplacismo* crónico de los mercados, su costumbre de ignorar la situación social en su conjunto y los efectos asociales de sus propias decisiones fragmentadas, en el largo plazo? La educación y la supervisión del Estado podrían disminuir estos riesgos, pero algunos marxistas plantean una economía que no sería ni la planificación centralizada, ni la del mercado *autorregulado*. En este modelo, los recursos se asignarían a través de negociaciones entre productores, consumidores, ambientalistas y otras partes interesadas, mediante redes en los lugares de trabajo, el barrio y los consejos de consumidores. Los parámetros generales de la economía, incluidas las decisiones sobre la asignación general de recursos, las tasas de crecimiento e inversión, energía, transporte y las políticas ecológicas serían establecidos por las asambleas representativas a niveles locales, regionales y nacionales. Estas decisiones generales sobre, supongamos, la asignación descenderían entonces hacia niveles regionales y locales, en donde una planificación más detallada sería elaborada progresivamente. En cada etapa, el debate público sobre proyectos y políticas económicos alternativos sería esencial. De esta manera, qué y cómo producimos podría determinarse por las necesidades sociales antes que por el beneficio privado. Bajo el capitalismo, se nos priva del poder de decidir si queremos producir más hospitales o más cereales para el desayuno. Bajo el socialismo, esta libertad sería ejercida regularmente.

Algunos campeones de la denominada economía participativa aceptan un tipo de economía socialista mixta: los bienes que son de vital importancia para la comunidad (alimentación, salud, productos farmacéuticos, educación, transporte, energía, productos de subsistencia, instituciones financieras, medios de comunicación, entre otros) deben estar bajo control público democrático, ya que quienes los

administran tienden a comportarse asocialmente si perciben la oportunidad de engrosar sus beneficios al hacerlo. Los bienes socialmente superfluos (artículos de consumo, productos de lujo), sin embargo, se podrían dejar a las operaciones del mercado. Algunos socialistas de mercado encuentran este esquema demasiado complejo para ser viable. Como Oscar Wilde observó una vez, “el problema con el socialismo es que toma demasiadas noches”. Sin embargo, se debe tener en cuenta, al menos, el papel de la tecnología y cómo aceita las ruedas de dicho sistema. Incluso el ex vicepresidente de Procter & Gamble ha reconocido que esto hace que la autogestión de los trabajadores sea una posibilidad real. En *Democracia y planificación económica*, Pat Devine resalta cuánto tiempo es consumido actualmente por la administración y la organización capitalista. No hay ninguna razón evidente de porqué la cantidad de tiempo ocupado por una alternativa socialista debería ser mayor.

Los socialistas, sin duda, seguirán debatiendo sobre los detalles de una economía poscapitalista. No hay ningún modelo perfecto en oferta actualmente. Es posible contrastar esta imperfección con la economía capitalista, que está en condiciones de funcionamiento impecable y que nunca ha sido responsable, en lo más mínimo, por la pobreza, la indigencia o la depresión. Ha admitido ser responsable de algunos niveles extravagantes de desempleo, pero la principal nación capitalista del mundo ha llegado a una solución ingeniosa para tal defecto. En los Estados Unidos, hoy, más de un millón de personas buscaría trabajo si no estuvieran en la cárcel.

Desigualdades espectaculares de riqueza y poder, guerra imperialista, explotación intensificada, un Estado cada vez más represivo son tanto lo que caracteriza al mundo de hoy como las cuestiones sobre las cuales el marxismo ha actuado y reflexionado durante casi dos siglos. Se esperaría, entonces, que pudiera tener algunas lecciones que enseñar. Marx estaba muy impresionado por el proceso extraordinariamente violento por el cual la clase obrera urbana había sido forjada de un campesinado desarraigado en su propio país, Inglaterra —un proceso que Brasil, China, Rusia e India están viviendo en la actualidad—. Tristram Hunt señala, al escribir en *The Guardian*, que el libro de Mike Davis, *Planet of slums*, que documenta las “montañas hediondas de mierda”, conocidas como barrios marginales que se encuentran en el Lagos o Dhaka de hoy, puede ser considerado como una versión actualizada de *La condición de la clase obrera* de Engels. A medida que China se convierte en el taller del mundo, comenta Hunt, “las zonas económicas especiales de Guangdong y Shanghai presentan una extraña reminiscencia al Manchester y Glasgow de 1840”.

¿Y si no fuera el marxismo obsoleto, sino el capitalismo? Allá en la Inglaterra victoriana, Marx vio el sistema como si ya se hubiera agotado. Después de haber promovido durante su apogeo el desarrollo social, este actuaba ahora como un lastre. Percibió a la sociedad capitalista inundada por fantasía y fetichismo, mito e idolatría, por más orgullosa que estuviera de su modernidad. Su iluminación –su arrogante creencia en su propia racionalidad superior– era una especie de superstición. Si fue capaz de algún progreso asombroso, había otro sentido por el cual tuvo que correr con fuerza sólo para permanecer en el mismo lugar. El límite final del capitalismo, expresó Marx una vez,

El límite final del capitalismo, expresó Marx una vez, es el propio capital: la reproducción constante es una frontera de la que no puede ir más allá. Existe algo, curiosamente estático y repetitivo, acerca del más dinámico de todos los regímenes históricos.

es el propio capital: la reproducción constante es una frontera de la que no puede ir más allá. Existe algo, curiosamente estático y repetitivo, acerca del más dinámico de todos los regímenes históricos.

El capitalismo ha traído grandes avances materiales. Pero aunque este modo de organizar nuestros asuntos haya tenido mucho tiempo para demostrar que es capaz de satisfacer las demandas humanas, no parece estar a punto de hacerlo. ¿Cuánto tiempo estamos dispuestos a esperar sus bienes? ¿Por qué seguimos complaciendo el mito de que la riqueza fabulosa generada por este modo de producción, con el correr del tiempo, estará disponible para todos? ¿Trataría el mundo reclamos similares desde la extrema izquierda con la genial y paciente “esperemos y veamos”? Los derechistas que admiten que siempre habrá injusticias colosales en el sistema –pero aunque es arduo, las alternativas son aún peores– son al menos más honestos en su desfachatez que aquellos que predicán que, finalmente, todo se arreglará.

Los marxistas sólo quieren dejar de ser marxistas. En este sentido, ser marxista no es como ser budista o millonario. Es más parecido a ser un médico. Los médicos son seres perversos y frustrados que se realizan en su trabajo curando pacientes, que después no los necesitan. La tarea de los políticos radicales, similarmente, es llegar al punto en que ya no serían necesarios, porque sus objetivos se han

cumplido. Entonces, tendrían la libertad de retirarse, quemar sus carteles de Guevara, tomar nuevamente ese violoncelo descuidado y hablar de algo más interesante que el modo de producción asiático. El marxismo es, supuestamente, un asunto estrictamente provisional, por lo cual cualquiera que se involucre con él ha perdido el punto. Hay una vida después del marxismo, es el punto central del marxismo.

Hay un problema con esta visión, contrariamente encantadora. El marxismo es una crítica del capitalismo –la crítica más rigurosa, aguda y completa en su tipo que se haya postulado alguna vez–. De ello se deduce, entonces, que mientras el capitalismo siga en el negocio, el marxismo también debe estarlo. Sólo al declarar obsoleto a su oponente podrá retirarse. Y a último momento, el capitalismo apareció tan combativo como entonces.

Hoy, la mayor parte de críticos del marxismo no debate el tema. Su argumento, más bien, consiste en que el sistema ha cambiado hasta volverse casi irreconocible desde los días de Marx, y que por eso sus ideas ya no son relevantes. Cabe señalar que el propio Marx fue perfectamente consciente de la naturaleza siempre cambiante del sistema que desafió. Es al propio marxismo al que debemos el concepto de diferentes formas históricas del capital: mercantil, agrario, industrial, monopólico, financiero, imperialista, y así sucesivamente. Entonces, ¿por qué el hecho de que el capitalismo ha cambiado su forma en las últimas décadas debería desacreditar una teoría que ve el cambio como de su propia esencia? Además, el propio Marx predijo un declive de la clase obrera y un incremento abrupto del trabajo administrativo o de “cuello blanco”. También previó la denominada globalización –extraño para un hombre cuyo pensamiento se supone que es arcaico–. Aunque quizás la cualidad “arcaica” de Marx sea lo que hoy sigue haciéndolo relevante. Es acusado de ser anticuado por los campeones de un capitalismo que está volviendo rápidamente a niveles victorianos de desigualdad.